Héctor pasó la vista por ella. El visitador matinal era el fundador de una hoja impresa bastante violenta, *El Escorpion Independiente*, para la que nuestro Begourde habia hecho caricaturas en otro tiempo á razon de cuatro duros.

—¿Qué me querrá este pobre diablo?—se preguntó Héctor.

—Hacedle entrar en el saloncito—añadió en alta voz,—voy dentro de cinco minutos.

Y dejando que trascurriese todo este tiempo, pensaba de esta manera:

—En último resultado me conviene asustarle un poco con mi lujo.... es un bicho de la peor especie, que me ha rehusado mas de una vez el adelantarme diez francos.

Y con esta buena disposicion de ánimo entró Héctor en el salon, no imaginándose ni remotamente que una conversacion que era para él de tan poca importancia, pudiera influir de una manera tan grande en su porvenir.

XXXVII

Pánfilo Godard, propietario y redactor en jefe de *El Escorpion Independiente*, esperaba en

un saloncito revestido de brocatel boton de oro, contemplándose con satisfaccion en los cuatro espejos venecianos que adornaban las paredes.

Su larga é inculta cabellera; la barba, que se asemejaba mucho á un mano de virutas, con el gaban abrochado hasta el cuello y roido en muchos sitios, presentaba un contraste bien raro en medio de aquel sitio en que todo estaba nuevo y resplandeciente.

Sus fuertes botas habian impreeso su huella, llenando de barro los arabescos de aquella alfombra persa. Las manos, que aún estaban vírgenes de guantes, eseñaban unas uñas algo negras.

Habia puesto su mugriento sombrero de anchas alas sobre una hermosísima mesa de ébano con incustaciones de marfil y cobre.

De cuando en cuando se acercaba á una ventana, y alzando las cortinas de encaje miraba en el patio á los mozos de cuadra lavando uno de aquellos carruajes tan llamativos que conocen ya nuestros lectores.

—¡Qué bien me vendria todo esto!—decia para sí—¡qué suerte ha tenido ese títere de Begourde! Con seguridad que no tendré yo nunca esta suerte.

Se habrió la puerta y apareció Héctor en traje de casa: una camisa de *foulard* color ro-

sa, pantalon de franela blanca, y una americana con adornos de agreman encarnado.

Pánfilo Godard se acercó apresuradamente con la sonrisa en los labios y alargando su mano.

Héctor la estrechó siguiendo una costumbre, pero sin demostrar ningun entusiasmo.

El redactor en jefe de *El Escorpion Independiente* no reparó en esta frialdad, á que no estaba acostumbrado.

—¿Como estás, amigo mio?—preguntó.

—Ya ves. .—respondió Héctor, no atreviéndose á rechasar aquella familiaridad que tanto le halagaba en otro tiempo.—¿Y tú?

—¡Oh, yo tengo esperanzas! pero tú, zarrámplin, te has puesto ya en seguro. Tienes un magnífico hotel, que vale bastante dinero, y yo conozco alguno que te tiene envidia al verte subir como la espuma; pero, por mi parte, te aseguro bajo mi palabra que me alegro mucho, porque la mayor parte de las veces, vá la fortuna á quien no se la merece, y no está tan acertada como ahora, que es lo que yo digo todos los dias á nuestras camaradas cuando te critican; pero esto te debe tener sin ningun cuidado, ya que has tenido la suerte de pescar tan buena trucha.

—No me quejo—dijo Héctor.

—¡Pues no faltaba mas, ya lo creo! ¿Y qué

has hecho con el arte? ¿Qué es de los lápices y los pinceles? ¿Tienes algun estudio en la casa?

—En verdad que no.

—Eso no está bien, porque tenias en esto un porvenir, y me has hecho dibujos que han llamado la atencion, y esto era ya alguna cosa.

—A razon de veinte francos.

—Es verdad que valian el doble; por eso esperaba aumentarte el precio cuanto fuera mayor el número de abonados.... pero por ahora no tienes necesidad de nada, ¿no es verdad? Te doy otra vez la enhorabuena, y estaba preparado á hacerlo porque siempre me estaba diciendo: él vendrá á verme.

—Estoy muy ocupado.

—¡Ya lo creo! los millones dan mucho que hacer: es necesario ir siempre á casa del banquero ó á la del agente de cambio, ó á la del notario, y ésto, segun dicen, exige mucho tiempo, porque tú sabes que de todo esto yo no sé nada prácticamente. Para acabar, como tú no ibas á la montaña, la montaña ha venido á tí para felicitarte de todo corazon.

—Mucho te lo agradezco; pero ¿no has venido mas que á eso?

—Para eso y para otra cosa.... Tengo que decirte dos palabras acerca de un negocio muy bonito.

—¡Ah! ¡ah!

—De un negocio que me has de agradecer, y por el cual me vas á dar las gracias.

—¿De qué se trata?

—De una idea que es tuya exclusivamente, pero una idea magnífica, completamente nueva y original, que no ceso de enaltecer á tod.s nuestros camaradas diciéndoles á cada momento: *Ese Totor no es un advenidizo ni un tonto del todo, tiene una idea.*

—He tenido muchas—contestó Begourde,—¿á cual te refieres?

—Me refiero á tu idea monumental.... tú soñabas con hacer un cuadro alegórico que fuese una obra gigantesca, representando al infame capital explotando al desgraciado obrero... ¿te acuerdas?

—Ya lo creo; tenia la fórmula, pero me era difícil expresarlo de una manera clara.

—En pintura, porque el pincel materializa de una manera incompleta las ideas abstractas —respondió Godard vivamente,—pero es muy fácil para la pluma.... he aceptado tu idea y pienso explotarla, es decir, la explotaremos juntos; ¿me comprendes?

—Ni una palabra.

—Pues es bien sencillo, fundando un periódico diario con un título rimbombante.

—¿Qué título?

—El título tuyo, caramba.

—*El capital explotador*.... ¿Qué te parece?

—No está mal.

—Tengo hecho mi programa y he formado una redaccion completa; hay un corresponsal en Neuméa, otro en Ginebra y un tercero en Lóndres, y artículos de sensacion todos los dias; al cabo de una semana voy á tirar cincuenta mil ejemplares.

—Te doy la enhorabuena.

—La acepto, porque el éxito es seguro: ya ves, pienso dirigirme á los que no tienen ninguna posicion, á los que no están clasificados, á los incapaces, á los descontentos, á los envidiosos y perezosos, á todos los que desean placeres sin trabajar, entonando á favor de todos estos una nueva Marsellesa del pequeño contra el grande, del que no tiene nada contra el que posee, gritándoles: *"¡Sus al capital explotador! ¡la propiedad es el robo!* el dinero de los ricos es vuestro dinero y vuestros son sus palacios, sus hoteles y sus castillos!.... Puelo, rescata tu fortuna y sé rico á tu vez. Aunque la música es una, la letra tiene muchas variantes que le dan novedad.

—Pero te van á perseguir y te van á condenar.

—No hombre, condenarán al regente; desde el primer dia cuento andar á vueltas con el tri-

bunal, la prision y la multa; éste es precisamente el medio de llegar á una tirada fabulosa. Para concluir, tengo hecha mi fortuna y la debo á tu idea.

—Está muy bien, ¿cuando empiezas la publicacion?

—En el momento en que tenga lo único que me hace falta.

—¿Y qué es ello?

—El alma de la guerra.

—¿Dinero?

—Tú lo has dicho.

—¿Cuanto te hace falta?

—Una bagatela.... doscientos mil francos.

—¿Y sabes donde puedes encontarlos?

—Naturalmente que lo sé—respondió Godard con voz cariñosa,—acaso me juzgas capaz de hacerte la ofensa de dirigirme á otra persona que no fueras tú, mi antiguo camarada y mi buen Totor; ¡eso no lo haria yo nunca! ademas este negocio te corresponde de derecho; puesto que es tuya la idea, para tí será la popularidad y un puesto en el Parlamento, si sientes vocacion por la política, y los beneficios serán para los dos. Fírmame un cheque.... un cheque de doscientos mil francos.

—Sí, con esto creo que habrá bastante.

Héctor se puso á reir con todas sus fuerzas.

—Vamos—dijo,—no me cabe duda que me has tomado por un imbécil.

El periodista se estremeció, y exclamó luego muy escandalizado:

—¿Qué has dicho?

—Pues la cosa mas razonable—continuó Héctor,—que vienes á pedirme una parte de mi capital para fundar con éste un periódico en contra mia, y que éste periódico, para el cual habria pagado el papel, la redaccion, la composicion, la tirada, el plegado, las fajas y las multas, dirá en sus columnas á voz en grito: "Ya sabeis que ese animal de Begourde ha heredado á un tio que se habia enriquecido con el petróleo y que tiene algun dinero; pues ese dinero estaria mucho mejor en vuestro bolsillo que en el suyo, y teneis mas derecho que él; ¡tómaselo, valiente pueblo! Tambien tiene un hotel, pues tómaselo tambien; y si hace el mas pequeño gesto, demuéstrale que el petróleo del difunto tio es de un uso agradable y fácil No, amigo mio, no soy tan simple como todo eso.

—¡Pero es á tí á quien escucho!—murmuró Pánfilo Godard desconcertado completamente.

—Nó.... no puede ser, tienes gana de divertirte con tu antiguo camarada, y cuando nos hayamos divertido un poco los dos, me firmarás el cheque.

Héctor hizo una mueca de pilluelo de Paris, y luego replicó:

—Escarba por otra parte.

—¿Es decir que rehusas subvencionar á *El Capital explotador?*

—En absoluto.

—Y los principios... aquellos grandes principios, ¿qué vá á ser de ellos?

—Aquellos principios son buenos para gente de poco pelo.

Pánfilo con aire solemne le dijo:

—¡Desgraciado apóstata! estás en muy mal camino.

—Pero si por él atraviesan los carruajes, será cuenta de mi cochero el llevarme adelante.

—Reniegas de tus convicciones.

—Vaya, dejame tranquilo con mis convicciones; te compro la tuya por cien escudos; ¿te acomoda?

—Esto será sin duda un gran negocio, aunque no lo es para mí.

El periodista barbudo continuó en tono profético, sin hacer caso de esta impertinencia:

—¡Vuelves la espalda á tus hermanos, á tus amigos! ¡Rehusas prestar tu apoyo á una causa justa! Bueno, muy pronto querrás tratarte con los aristócratas, y acuérdate bien de lo que te digo: los aristócratas se burlarán de tí y te darán con sus puertas en las narices, porque tú

vienes del pueblo, y los lazos que á él te ligan son indisolubles; te llamas Begourde, y con ese apellido no se puede causar efecto en las duquesas. Al buen entendedor, etc. ¡Hasta la vista, ciudadano!

Y encajándose su inmenso sombrero, salió Pánfilo Godard con aire imponente, dejando á Héctor pensativo y triste por la flecha que acababa de clavarle en medio del pecho.

El jóven se sentó con aire melancólico, diciendo para sí:

—Seguramente es un galopin de la peor especie, pero lo peor es que tiene razon. Begourde es un hombre ridículo, que podia pasar cuando era un cualquiera y cuando todo el mundo me conocia únicamente por Héctor; pero hoy Begourde es imposible con mis millones, y me hace el mismo efecto que una mancha de aceite sobre una túnica de seda. Pero se dice que Su Magestad el Dinero es todopoderoso; pues bien, que lo demuestre proporcionándome el medio de cambiar de nombre.

Y desde este dia Héctor se repetia sin cesar el monólogo que acabamos de estenografiar, llegando á ser en él una idea fija que no tenia solucion.

El ex-radical se habia vuelto conservador desde el momento en que tuvo algo que conservar, y se habia apresurado á inscribirse á las

publicaciones de la *hig life*, tal como la *Vie parisienne*, y á los mas reaccionarios que se publicaban en París.

Naturalmente, *El Fígaro* figuraba en primer término entre todos ellos.

Un dia que Héctor leía por casualidad los anuncios de la cuarta plana, tropezó con las líneas siguientes:

Un caballero de avanzada edad, sin hijos, que tiene un nombre histórico y un título de primer órden, que veria con pena desaparecer con él, trasmitiria ambos, por medio de la adopcion, á un jóven que poseyera una gran fortuna. Escribir en lista, X. Y Z. 2.113."

Héctor dió un salto.

—¡Un nombre histórico!—dijo en alta voz.—¡Un título de primer órden! ¡una adopcion! ¡esto me hace falta! Lleno la única condicion que se exige, puesto que poseo una gran fortuna. ¡Estoy salvado! ¡salvado seguramente! no me atrevo á esperar en un título de duque, porque esto, á la verdad, seria demasiado; pero aunque no sea mas que marqués ó conde me contento, y es bastante bonito. ¡Soy guapo y rico! si llego á ser noble, ¿qué me faltara entonces? ¡Verdaderamente tengo mucho que agradecer á mi estrella!

XXXVIII

Un refran dice que *es necesario golpear el hierro cuando está caliente*, y Héctor no quiso dejar para el dia siguiente lo que podia hacer en aquel momento; tomó la pluma y un pliego de aquel hermoso papel que tenia con iniciales encarnadas y azules con filetes de oro, y escribió lo siguiente:

"Señor:

"Acabo de leer con el mayor interés el anuncio que habeis insertado en *El Fígaro* correspondiente á esta mañana, en el cual manifestais el deseo de trasmitir por medio de adopcion vuestro histórico nombre y vuestro título de primer órden á un hombre jóven y rico.

"El nombre de Begourde, que me han dejado mis padres, se aviene muy mal con mis instintos distinguidos.

"Nos será, segun creo, muy fácil entendernos, y espero que no encontrareis otra persona que tenga mejores condiciones.